



Antes de la pensión

# Cultura en la "maleta"

Francisco Rodríguez  
Licenciado en ciencias de la educación.  
Investigador Cultural

**H**ola compañero, ¿qué hace?  
- ¡Aquí esperando la pensión!, me contestó el maestro sentado en la jardinera de una Normal Nacional en Somondoco. Extraña respuesta cuando hasta ahora llevaba yo menos de un mes de posesionado. Respuesta que ha venido resonando en mi cerebro periódicamente pero que ahora, a las puertas de los veinte años de trabajo, encuentro que tiene otro significado.

Así empezó mi vida laboral, en medio de la zozobra de una situación difícil del país, era la época del poder de las esmeraldas y ese era un foco de violencia. Violencia no tan cruenta como la de ahora, pero al fin y al cabo, violencia. Esa situación y el deseo de aventura me llevaron a salir de las fronteras de la patria, buscando en el vecino país del Oriente nuevos rumbos pedagógicos que no hallé después de una corta estadía en la que me parecía más fácil pasar por italiano que por colombiano.

Negar de esa manera mi nacionalidad no fue lo más agradable, pero aprendí el idioma del país de la bota. A los pocos meses estaba en las oficinas del Ministerio de Educación Nacional pidiendo ser reintegrado. Fui enviado a Baraya, Huila, zona roja de violencia. Los gamonales de la época y el conflicto armado me tuvieron al borde de una balacera cuando me visitaba mi esposa, con tres meses de embarazo del primer hijo. Igual, al poco tiempo, con la mayoría de los maestros fui trasladado a otro lugar de Colombia. Ya me encontraba en mi pueblo natal: Pacho. Nadie es profeta en su tierra. Llegué a la Sabana de Bogotá a uno de los pueblos más encantadores por su gente y sus paisajes, por su represa y por sus veredas: Cogua.

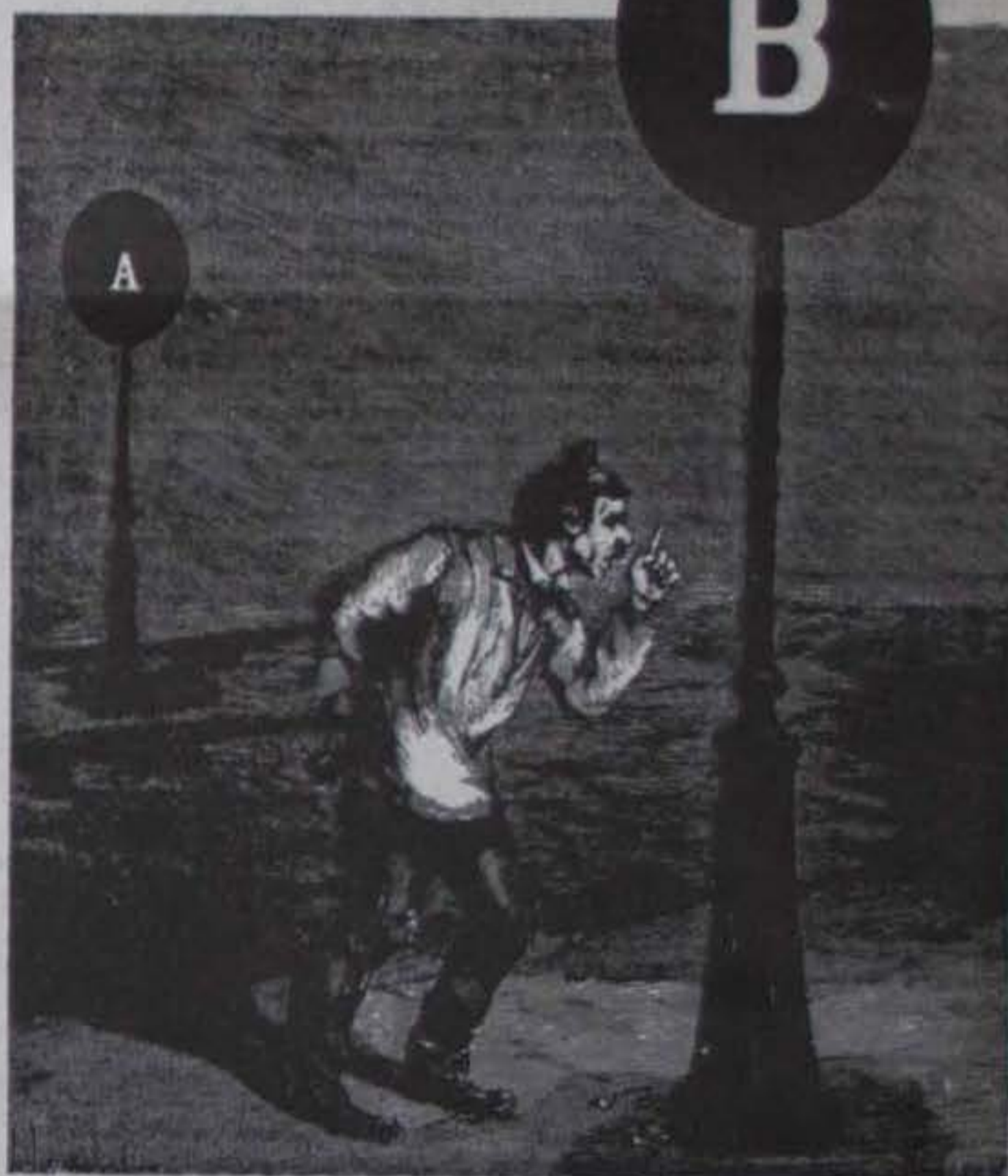
Pero se inició en Huila un proceso que no sabía a dónde me llevaría. Eran las costumbres, la música, la danza, el folclor en general que me llamaban la atención, mi interés se estaba centrando en esa parte de mi patria. Ese interés compartido con quien compartía mi vida y mis hijos. Consuelo Cavanzo, mi esposa, tenía en su sangre la semilla del torbellino y la guabina, pues siendo de Vélez y de familia musical encauzó su trabajo y su estudio a la danza y el teatro.

Se inició por el año 85 un proceso en el que las salidas en familia a los pueblos, cerca o lejos, de paseo, se fueron tomando en investigaciones folclóricas, lo mismo que las visitas a los centros culturales, a los ancianos y a los campesinos que contaban a esa familia todas sus anécdotas.

Recuerdo ahora a doña María Guerrero, anciana que vivía en una casita de una sola pieza con cocina y sin baño, en los alrededores del embalse que cubrió a Guatavita. Contaba ella, en varias sesiones, que cuando niña ayudó en la construcción de la iglesia del pueblo; es más, el cura ponía de penitencia llevar piedras grandes para levantar las paredes. Pero allí no para la historia. Cuando eso, su papá tenía muchas tierras por los alrededores, aun cuando tuvo que salir del pueblo porque lo iban a inundar, todavía le quedaban muchas propiedades. Por razones, "del destino", unos y otros, violentos y no, negociantes y oficiales, la fueron dejando con lo que hoy tiene: "una casita de una sola pieza, con cocina pero sin baño" - decía ella -.

Sin embargo, nos mostraba con orgullo las ruinas de un rancho de adobe, que parecía haber sido muy grande y contaba cómo la violencia de los godos y liberales lo habían quemado y en esas ruinas había vivido, hasta cuando un ingeniero que construía unas obras cerca del embalse le construyó lo que ahora tiene: una casita... Creo que si hay gente buena todavía.

Pero, contaba, que después de que se llenó el pueblo de agua y la iglesia se inundó, ya sin torre y sin campanario, se escuchaba el repicar de las campanas llamando a misa, igual que en las noches, una tras otra, durante varios meses. Vivía sola, de la bondad de los pocos vecinos y con los recuerdos latentes de las fiestas que compartió conmigo relatando los bailes, las costumbres, las comidas y las rutinas de su época. Un domingo fui a visitarla y estaba la casita sola, abandonada.



Ese es el trabajo que se hizo recorriendo a Colombia. Fueron muchos los ancianos entrevistados y las vivencias recogidas. Gratificante hasta el máximo. Sumado a las conferencias, charlas desprevenidas o programadas con los maestros Jacinto Jaramillo, Guillermo Abadía Morales, Ernesto Moreno y lo más enriquecedor de todo: la escuela de la gran maestra del folclor nacional, Delia Zapata Olivella, con su hermano Manuel a quien se le puede oír y sentir a Colombia en cada palabra de su ilimitado y enriquecedor léxico histórico. Igual que el compartir con el mundo del folclor durante más de quince años en festivales, encuentros, giras y espectáculos, ha logrado que el acervo respectivo crezca para ser difundido y multiplicado en Colombia y fuera de ella.

Ahora desde la cátedra universitaria y en el entorno del mundo periodístico se trata de salir adelante con esa recuperación de nuestra identidad nacional, de ser gestor de cultura, tarea difícil en nuestro medio donde parece ser que los

gestores de violencia siempre son los protagonistas.

Desde la Academia Yutavasó, del Ballet folclórico colombiano, de Consuelo Cavanzo, se pretende hacer que la juventud ame a Colombia a través de la danza, de talleres, charlas, conferencias y tertulias en las que el tema principal es nuestra patria.

Desde el colegio y el municipio, Cogua, se realizan foros y encuentros, festivales y actividades en las que, como en todas partes, se lucha por conservar nuestra identidad.

Hoy, cuando estoy más cerca de mi pensión que aquella vez en Somondoco, tengo la satisfacción de llevar a mi Colombia grande en el corazón, haberla mostrado con mi empresa en Centroamérica, Ecuador, Venezuela, Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. En este espíritu de raíces campesinas que sueña con utopías, como aquellas que se forjaron en las veredas de Colombia y que dejaron de ser porque se convirtieron en realidad.

